

## JUSTIFICACIÓN

Decía Cyril Connolly, el crítico literario británico, que la literatura es el arte de escribir algo para que se lea muchas veces, mientras el periodismo es el arte de escribir algo sabiendo que se va a leer solo una vez. Siguiendo este razonamiento, a mi entender nada descaminado, la publicación de este libro no tendría sentido ninguno, pues en él ofrezco a los lectores nuevamente una selección de columnas de las ya publicadas en *El Norte de Castilla* bajo el título genérico de «Las cosas como son». Si, como textos periodísticos que fueron, estaban destinadas a leerse al hilo de la actualidad, ¿a qué viene este rescate imposible? He encontrado, sin embargo, una razón que me justifica: mis pequeños artículos —no debían sobrepasar los 3.500 caracteres— aparecían en «Opinión», esa sección del periódico que tiene la misión de emitir un juicio sobre aquello de lo que el lector ya ha sido informado. Un juicio personal, se entiende; y como todo lo personal, subjetivo, apasionado, ansioso de atraer y convencer, más cercano a la literatura que al periodismo, cuyos textos aspiran a permanecer en el ámbito de un objetivismo impasible. Es más, desde mi primer artículo hasta el último no cejé en el intento de vincular los sucesos de actualidad con un texto poético, bien integrando los versos en el discurso, bien relacionando el sentido de una obra literaria con el tema central de la columna. Con esta insistencia he querido demostrar que los poetas pertenecen a este mundo, lo que no impide que intenten transformarlo por medio de la palabra. Los poetas, los novelistas, los filósofos, los músicos, los cineastas..., todos aquellos que no se conforman con una interpretación pacata de la

realidad. «Hay otros mundos, pero están en este», dijo Paul Éluard, y yo he pretendido humildemente hacer visibles algunos de esos mundos ocultos.

La primera columna de «Las cosas como son» apareció el 13 de enero de 2010. Desde entonces hasta mediados de abril de 2019 fui publicando cada miércoles una columna más, sin faltar ni una vez a mi cita semanal con los lectores. Aquella década fue particularmente convulsa, presidida por la crisis económica que transformó la vida cotidiana de los europeos. La corrupción política acaparaba las noticias y los comentarios en el ámbito nacional, y en el internacional, los conflictos en el mundo árabe, que tanto contribuyeron a engrosar el número de refugiados que intentaban alcanzar las costas mediterráneas. Y como telón de fondo, la preocupación por el destino del planeta Tierra, preocupación que se ha ido agudizando de manera creciente, hasta llegar a considerarse el mayor problema mundial del siglo XXI. Estos son, pues, en términos generales, los temas que dieron origen a los textos que presento en este libro.

Aunque las columnas aparecen ordenadas cronológicamente —al comienzo de cada una de ellas figura la fecha de su publicación— las he agrupado en cinco secciones, para que el lector que menudee por el libro pueda elegir el tema que más le interese. En la primera sección, titulada «Sobre esto y eso y aquello», reúno un grupo de columnas que tratan asuntos de índole diversa, comentarios sobre problemas sociales o estados de opinión que trascienden la actualidad semanal, por lo que considero que su lectura puede ser todavía interesante. En la segunda sección, titulada «Sobre nosotras», me ocupo de los asuntos relacionados con el feminismo, tema que durante esos diez años ha ido adquiriendo un papel protagonista, y que, por razones

obvias, siempre ocupó un puesto preeminente entre mis preocupaciones. «Sobre los estudiantes y sus profesores» recoge, en el tercer apartado, las columnas en donde analizo los problemas de la educación en España, problemas de los que me siento partícipe pues he sido profesora de Lengua y Literatura durante más de 35 años. En la cuarta sección, agrupada bajo el título «Sobre la cosa pública» me ocupo de comentar los acontecimientos políticos más relevantes tanto en el ámbito nacional como en el internacional, desde el fin de ETA hasta la revuelta francesa de los chalecos amarillos. Finalmente, en «Homenajes» dedico mis columnas a glosar la figura de distintas personas que, a mi juicio y cada una en su ámbito, han contribuido a hacer este mundo más habitable. También publiqué columnas dedicadas a vilipendiar a determinados personajes, cuyo comportamiento me pareció particularmente insufrible, pero de aquellas columnas no he seleccionado ninguna, precisamente para no otorgar el don de una existencia memorable a quienes no se merecen ser recordados. Hay muchos poetas entre los homenajeados, como Antonio Gamoneda, Luis Javier Moreno, José Miguel Ullán o Ida Vitale. Otros son figuras de relieve internacional como el expresidente Obama, o que merecerían haber sido reconocidas internacionalmente, como Catalina Montes. Personajes vallisoletanos como ‘El Catarro’ o incluso la mona Chita, nuestra querida Chita de las películas de Tarzán, tuvieron su lugar entre mis columnas de homenaje.

Quería un número redondo y ese era el cien. Sin embargo, el lector se encontrará con ciento una columnas. Eso ocurre porque la última no llegué a enviarla. La había escrito tras asistir a la recepción del Premio Cervantes de Ida Vitale. No tiene fecha porque sigue flotando en el tiempo

difuso de aquello que no ha aparecido en los medios de comunicación. Ese tiempo en el que habían ingresado ya todas mis columnas, hasta que Javier Campelo, el editor de Páramo, me propuso publicar este libro. A él y a los amables lectores les debo la oportunidad de que mis textos tengan una nueva existencia, antes de que ingresen —esta vez para siempre— en el agujero negro del olvido.

## I. EL MILAGRO DE LAS CASTAÑAS

*13 de enero de 2010*

He salido de casa pensando en la columna que tengo que mandar hoy mismo a *El Norte de Castilla*. ¿De qué tratará? La sensación que tiene un escritor al iniciar el texto hiere como una culpa, se parece a una deuda que hubiera contraído con sus lectores. ¿Para qué te has comprometido?, me dice mi conciencia mientras me sigue por la calle Macías Picavea. Huyendo de sus reproches, apresuro el paso y voy a dar con la castañera que asienta su pequeño confesonario comestible delante del Penicilino. A mí me encantan las castañas asadas, me calientan el alma con su sabor a pan bendito. Por lo bajo, como quien musita sus pecados, le pido una docena. La castañera revuelve un poco las brasas y me ofrece un cucurucho con catorce castañas. Le doy las gracias por las dos de propina y me como la primera con avidez. Entonces oigo la voz del paladar: sigue mi dictado y vete a casa a escribir, con los dedos aún

calentitos. Mientras devoro las tres siguientes, recuerdo que las castañas deben su nombre a la ninfa Nea. Empezaré explicando que Júpiter intentó poseerla por la fuerza y que 'la casta Nea' prefirió convertirse en erizo de castaña a caer en los brazos de su violador. Con mi cuarto de columna en el bolsillo, enfilo la Bajada de la Libertad más animada. Contaré que Jenofonte llamó al castaño árbol del pan, que es como llamarle árbol de los pobres. ¡A cuántos habrá salvado de la inanición ese maná que derrama el otoño tan generosamente!, me digo al entrar en los soportales, mientras dedico un recuerdo al café España. Si en vez de una columna, me hubieran encargado escribir un soneto, qué bien me hubiera venido rimar España con castaña. Pero el tiempo ha devorado al Café con la misma impiedad que he acabado yo con medio cucurucho. Solo me quedan seis y todavía no he hablado de los multiplicadores milagrosos de castañas. Me refiero a san Juan Bosco y a Mariuca la Castañera. ¿Se acuerdan de Mariuca? De noche los ángeles le rellenaban el cesto de castañas que de día había regalado a los niños hambrientos. El corazón bondadoso de Mariuca me trae a la memoria las palabras de Gómez de la Serna: «Las castañeras asan los corazones del invierno». Y me pregunto de dónde sacaba él sus greguerías, merecedoras de haber sido escritas por los ángeles. Pero mis castañas no se multiplican. Compruebo desolada que solo me queda una, en medio de la calle Platerías, justo cuando paso por el portal de las oficinas de *El Norte de Castilla*. Mientras mastico con parsimonia la catorce, siento en el estómago el vacío del papel en blanco, la angustia de quien sabe que nadie va a acudir a sacarle las castañas del fuego. Todas mis reflexiones se han esfumado como el humo de asar las castañas. Resignada a mi suerte, me acerco al contenedor a

tirar los restos de mi humilde banquete y entonces... ¿Qué sucede? Sucede un prodigio: encuentro mi columna escrita en el papel del cucurucho. Aquí la tienen, aún tiznada de hollín. Y me digo satisfecha: las habrá mejores, pero ninguna como esta, escrita de milagro.

## 2. DEFENSA DE LA POESÍA

*10 de marzo de 2010*

«Un poeta es un ruiseñor en la oscuridad que canta para reconfortar su soledad con sonidos dulces. Sus oyentes son como hombres en trance por la melodía de un músico oculto: se sienten conmovidos y serenados pero no saben cómo ni por qué». Esto lo dijo Shelley en su «Defensa de la poesía». Lo recordaba el domingo, cuando se celebró el Día Mundial de la Poesía, coincidiendo con la llegada de la primavera. Y pensaba que la definición de Shelley es la más acertada que conozco, aunque yo cambiaría al ruiseñor por un gorrión “vulgaris”, de esos que conviven con nosotros, alimentándose de las migas de pan que se les caían a los niños de los bocadillos. Como ellos, el verdadero poeta apenas pide nada, se acerca mansamente, toma lo que necesita y vuela hacia el alero del tejado —¡siempre hacia arriba!—. Digo que los gorriones conviven con nosotros —en pretérito— porque, como ya habrán oído,



están desapareciendo de las ciudades. Se marchan por una causa fácil de entender: la asepsia urbana acaba con los desperdicios que eran su alimento. Estos pajaritos humildes se sienten ahora fuera de lugar, no hay nada para ellos en nuestras calles peatonales, sin árboles, con decoración minimalista. Con la poesía sucede algo parecido, la gente se acuerda de ella solo cuando quiere dar un toque de distinción a sus festejos. Yo la comparo con la protagonista de «La niña de los fósforos», de Andersen. Siempre en su esquina, pobre y descalza, pero con la magia de la caja de cerillas entre los dedos. Al encender un fósforo, se traslada a un banquete en donde es agasajada. Sin embargo, en cuanto desaparece el resplandor de la cerilla, vuelve a su esquina de abandono. Los premios que reciben los poetas, las fiestas de las que son protagonistas, se parecen a esos efímeros banquetes a los que es invitada la niña de los fósforos. En algunos de ellos cuelgan a los poetas medallas doradas y les colocan sobre la cabeza coronas de laurel —¡pobres poetas, qué bajo caen entonces!—. Porque el lugar que ocupan en la ciudad es el lugar de los gorriones, en trance de desaparición. Cuando desaparezcan del todo, el poema de Catulo adquirirá un sentido profético: «Oh, mi pequeño gorrión, que hacías las delicias de mi amada...». Entonces se creará el Día Mundial del Gorrión y los niños de todas las escuelas dibujarán gorriones, tomando como modelo las viñetas del libro de «Naturales». Y algunos pocos encenderán una cerilla para trasladarse a un cielo poblado de pájaros donde todavía se escuche a lo lejos el eco de la melodía de un músico oculto. Una melodía que, a pesar de todo, nos seguirá conmoviendo y reconfortando. Y pensaremos que tenía razón César Vallejo cuando afirmaba: «Hay un lugar que yo me sé / en este mundo nada

menos / adonde nunca llegaremos». Perdurará ese territorio inexplorado, porque la poesía —en eso disiento de Shelley— no necesita de defensa alguna; aunque se talen todos los árboles, siempre encontrará un corazón donde anidar. Para entonces, el alma de la niña de los fósforos volará en un cielo sin gorriones hacia el banquete definitivo.

### 3. EL ALMA DE LOS PERROS

*17 de marzo de 2010*

He echado de menos, entre los artículos que estos días recordaban la figura de Miguel Delibes, alguna alusión a sus perros. Nadie seleccionó tampoco una fotografía con sus compañeros de paseo. Se lo digo a *Tula*, mi perra, que me mira con ojos resignados mientras vuelve a sumirse en sus meditaciones. Quizá no se dieron cuenta del lugar que ocupaban los perros en la vida del escritor, quizá pensaban, con el obispo Munilla —lean sus pastorales—, que al fin y al cabo, los perros, como animales que son, no tienen alma, y por tanto no merecen ni nuestra atención ni nuestro recuerdo. Y sin embargo, los perros sí tienen personalidad, por eso el primer regalo de sus amos es un nombre que los distingue e identifica. Los perros han entrado en el Olimpo de la literatura con nombres inolvidables desde que el fiel *Argos*, el perro de Ulises, esperó para morir a que su amo regresara de su odisea por los mares. Y

es en el momento de la muerte —¡con qué dignidad saben morir nuestros fieles compañeros!— donde aflora el alma de los perros, con perdón de Munilla. Entonces es cuando nos preguntamos adónde irán. Unamuno se lo pregunta en la elegía a la muerte de su perro *Remo*: «¿Dónde se fue tu espíritu sumiso? / ¿No hay otro mundo / en que revivas tú, mi pobre bestia, / y encima de los cielos / te pasees brincando al lado mío?». Y no se trata únicamente de que algunos perros merezcan más que muchas personas entrar en el Cielo, sino de que los hombres los necesitamos, de tal manera que no podemos imaginar ni codiciar un edén vacío, de espíritus puros. «Bien sé que en el cielo hay arroyos de plata y frondas de oro; que el cielo de los niños tendrá perros y mariposas y pájaros», decía Juan Ramón Jiménez. El sábado, mientras el ataúd en donde llevaban a Delibes salía de la catedral entre cánticos que anunciaban su entrada al Paraíso, yo pensaba que lo primero que oiría al llegar a sus puertas serían los ladridos de la *Fita* y el *Grin*, moviendo el rabo alegremente, dispuestos a seguirle por los senderos del Más Allá. Recientemente vi *En la carretera*, una película que muestra un panorama desolador del futuro de la especie humana. Sus protagonistas, un hombre y un niño, intentan sobrevivir en un mundo estéril en el que «casi» todos los hombres se han envilecido hasta convertirse en desalmados caníbales. Solo algunos conservan su alma humana. Al final, el niño se ve en la tesitura de arriesgarse a decidir si unos hombres con los que se encuentra son de los que ya han perdido sus rasgos de humanidad o de los que todavía los conservan. Y se da cuenta enseguida de que pertenecen al segundo grupo. ¿Por qué? Porque llevan con ellos un perro. Sí, puede que los perros no tengan alma inmortal —¿la tendremos nosotros?—, pero es segu-

ro que tienen algo que nos hace distinguir a unos hombres de otros. Los que van con perro, como Miguel Delibes, son gente de fiar, podemos estar seguros de que sí tienen alma humana.

(Esta columna se la dedico a *Tana*, la perra de mi hijo Manuel, que murió hace tres años en olor de santidad).